

Relaciones raciales, proceso de ajuste y política social

Maria del Carmen Caño Secade

Investigadora. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS).

*En este mundo no hay más que una raza inferior:
la de los que consultan ante todo su propio interés,
ni hay más que una raza superior:
la de los que consultan antes que todo
el interés humano.*

José Martí

*En la memoria, [...] París,
la ciudad más bella del mundo,
a mi regreso de África, me pareció, sin embargo
un bodegón de lujo.*

Miguel Barnet

La marcada escasez de estudios recientes sobre la cuestión racial en Cuba —lo que impide contar con un marco de referencia actualizado— y su relativo distanciamiento de lo que constituyen mis propias experiencias de investigación, han retenido, en una espera involuntaria, la socialización de estas aún incompletas reflexiones.

El estrecho y marcado vínculo existente a lo largo de la historia de nuestro país entre los rasgos raciales y clasistas de la población, desde la misma introducción del sistema esclavista, ha devenido una contradicción histórica difícil de superar, aun en el contexto de un

proyecto social socialista que ha alcanzado niveles significativos de consenso, a partir de la generación de un escenario conveniente de justicia e integración social.

El modelo de integración social típico de la sociedad cubana es representativo de un proceso que abarca una rica diversidad de componentes estructurales, incluidos los de orden racial.

Sin embargo, valdría la pena insistir en un hecho que, sin ser justificativo, interviene en rigor como un factor de condicionamiento: la distancia histórica recorrida en condiciones de integración social es aún breve y no ha estado exenta de complejidades y limitaciones de diverso orden.

En este artículo aparece enunciado un conjunto de contradicciones que caracterizan la problemática racial cubana en la actualidad. Inicialmente, pretendo ubicar esta propuesta reflexiva en un marco teórico en el cual se relacionan tres procesos sociales que han estado estrechamente interconectados en el proceso histórico cubano: la estructura social, la identidad y la integración social.

A través de este enfoque intentaré valorar la incidencia de la problemática racial en las relaciones sociales más generales que se estructuran en la sociedad cubana, con el propósito de argumentar la necesidad de

incluir la perspectiva racial en la estrategia de la política social y concretamente en su dimensión focalizadora, lo cual significa asumir las diferencias claves consustanciales a la actividad social de los diferentes grupos que componen la estructura social y, desde esta lógica, elaborar un diseño de política y desarrollo social que considere las especificidades de cada grupo en su condición de actor social.

Abordar este tema constituye un difícil reto, dada la complejidad que lo caracteriza, la que a su vez está determinada por sus múltiples factores de condicionamiento y por la diversidad de efectos secundarios que implica su actual problematización.

En primer lugar, destaca la cuestión del mestizaje como rasgo determinante en la formación de la nación cubana, en la estructura fenotípica de su población y en el establecimiento de su identidad cultural. Este hecho, amén de los muchos favores que nos ha prodigado, introduce dificultades a la hora de distinguir los diferentes grupos raciales con fines de estudio.

Ya en este punto es conveniente aclarar que utilizaré el concepto de raza como construcción social,¹ identificando por ello los rasgos fenotípicos notables, distintivos de unos grupos respecto de otros por la percepción de la población, que generalmente y a partir de un sistema tradicional de códigos, correlaciona los rasgos mencionados con otros de carácter moral, intelectual, no estrictamente físicos.²

Otro elemento de complejidad lo aportan los nexos existentes entre el tema racial y su repercusión al nivel político-ideológico. A mi modo de ver, este es un elemento que ha favorecido la minimización o subvaloración del problema, y ello se debe a que la igualdad racial ha sido y sigue siendo uno de los elementos fundamentales sobre los que se funda el consenso político. Como tendencia, y de manera enfática en la presente coyuntura de crisis, el tema ha cobrado un mayor grado de politización que abarca desde un espectro de interpretaciones tendenciosas proclives a la manipulación y al sobredimensionamiento del problema, hasta reacciones que rechazan siquiera la validez de un debate en torno al problema y lo reducen, simplemente, a la persistencia de prejuicios raciales en grupos aislados de la población.

La crisis actual y una parte de las medidas que ha sido necesario adoptar para su paulatina superación, han estimulado el incremento de un conjunto de desigualdades sociales y el ensanchamiento de la brecha entre aquellos grupos que ya al comienzo de la crisis se encontraban en desventaja social, y el resto de la población que dispuso de mejores condiciones de partida, válidas para acceder a las diferentes opciones de inserción social promovidas por la sociedad en transformación, y articular estrategias de vida que potenciaran su despegue social.

De manera que la crisis ha constituido un factor de reproducción y acentuamiento de las desigualdades sociales y, en consecuencia, de las raciales, dados los nexos históricos que han existido entre raza y clase.

La problematización del asunto consiste, además, en que las condiciones actuales erosionan significativamente las posibilidades de solucionar esta contradicción al menos en una perspectiva visible de corto o mediano plazo. Debe tenerse en cuenta también que la economía mixta, entre otros factores que integran las condiciones actuales, no incorpora a nuestro contexto socioeconómico solo su capital, sino también rasgos ideológicos del sistema capitalista.

Finalmente, quisiera recalcar el insuficiente nivel de desarrollo que posee esta área del conocimiento científico, desde la perspectiva sociológica más general, que trate la etapa posrevolucionaria como dimensión histórica central.

La problemática racial en Cuba a través de una perspectiva teórica

La complejidad intrínseca a la problemática racial que he referido antes, así como la singularidad de nuestro marco sociohistórico, me motivaron a privilegiar un enfoque teórico para su estudio, que se caracteriza por la intervencional dialéctica de tres procesos sociales que, en el caso concreto de nuestra sociedad, se presentan en una particularísima relación de interdependencia: identidad sociocultural, integración social y estructura social.

La manera en que he interpretado cada uno de estos procesos y las definiciones conceptuales que de ellos he asumido, representan un nivel de conocimiento determinado, aún en fase de desarrollo, y por ende, pueden estar sujetas a precisiones perspectivas.

Mi comprensión del proceso de identidad en su dimensión sociocultural, se nutre de los aportes realizados por diferentes autores.³ De ellos reconozco particularmente la influencia de Alcira Argumedo y Enrique Ubieta.

Varias son las categorías que, cual puentes al enlazar caminos hacia un mismo destino, se manejan de forma común en torno a los procesos de identidad sociocultural: heterogeneidad, pluralismo, síntesis histórica, apropiación, creación, transformación, integración...

La identidad sociocultural —en mi comprensión— es un proceso de apropiación activa y de reafirmación consciente de la herencia sociocultural esencialmente definitoria de la realidad social en la que vive el hombre y, muy particularmente, del medio en el cual transcurren su proceso de socialización y su vida cotidiana.

Como síntesis histórica, el proceso de identidad posee un carácter contradictorio, dinámico, cambiante, al constituir una expresión de las relaciones sociales entre los distintos grupos y de la variación de los contextos de adscripción en que se desarrolla el hombre en el transcurso de su vida. Como proceso, ella transita por diferentes niveles, desde la individual hasta la colectiva más general, «cuyo máximo nivel es la asunción

La igualdad racial ha sido y sigue siendo uno de los elementos fundamentales sobre los que se funda el consenso político. Como tendencia, y de manera enfática en la presente coyuntura de crisis, el tema ha cobrado un mayor grado de politización que abarca desde un espectro de interpretaciones tendenciosas proclives a la manipulación y al sobredimensionamiento del problema, hasta reacciones que rechazan siquiera la validez de un debate en torno al problema y lo reducen, simplemente, a la persistencia de prejuicios raciales en grupos aislados de la población.

reconocida de lo humano general en su peculiar expresión».⁴

En el caso cubano, hemos adquirido un legado sociocultural ancestral donde se entrelazan culturas distintas, dos de ellas predominantes —la española y la africana— y similarmente nutricias de lo que hoy se define como cubanidad.

Adicionalmente, la identidad, como proceso sociohistórico, ha estado fuertemente condicionada por otros de medular importancia como son el colonialismo, la transculturación, el mestizaje, el neocolonialismo y, más recientemente, el proceso de integración social que de manera acelerada viene dándose en las últimas décadas.

Cintio Vitier gusta de definir lo cubano como fruto de una transculturación esencial, cuyo resultado más elocuente es una América mestiza, en el caso cubano, con fuertes resonancias caribeñas. Esta histórica simbiosis de mezclas raciales y culturales adquiere su máxima expresión en lo que él denomina «mulatez nacional», antecedente de lo que, según este autor, «podemos llamar en rigor Afroamérica».⁵

Como elemento condicionante y al mismo tiempo dependiente de los procesos de identidad sociocultural, se desarrollan los de integración social. Me referiré a estos en dos dimensiones concretas: como proyecto teórico en los contextos de la teoría marxista del conflicto y del llamado pensamiento popular latinoamericano; y en tanto rasgo del proyecto social de la Revolución cubana.

En el primer caso, he asumido presupuestos considerados por Deutsch y Shils,⁶ fundamentalmente del primero, que remite la integración al logro de sentimientos de comunidad en una población determinada, así como en las instituciones y en las prácticas sociales que generen una acción sistemática, suficientemente difundida, orientada al cambio.⁷

De suma importancia resultan los aportes de Argumedo y Cardoso de Oliveira,⁸ entre otros autores latinoamericanos, quienes han abordado la cuestión de la integración como proceso continental en nuestro hemisferio y en el interior de las sociedades en diferentes etapas históricas.

Particularmente, distinguiré aquí, como proceso de integración social, aquel que, partiendo de una comunidad (en este caso, comunidad nacional de clases, grupos, identidades, valores, intereses culturales, políticos, religiosos diferentes) propende a favorecer la articulación, medularmente contradictoria y necesariamente armónica, de esta diversidad en los niveles señalados, y de las relaciones sociales estructuradas en torno a un macroobjetivo o proyecto social determinado. Esta articulación debe concretarse en la generación de una variedad de opciones sociales sugerentes para la canalización de los intereses participativos de los distintos grupos humanos, todo ello orientado a lograr el consenso y un clima sociopolítico cohesionador.

El respeto y reconocimiento de la heterogeneidad humana más general, clasista, cultural y racial, constituye un antecedente de medular importancia para el logro de proyectos sociales integradores. El proceso de integración social como rasgo del proyecto de la Revolución cubana, ha constituido una estrategia de participación y desarrollo social que partió de rediseñar de manera radical el contexto socioeconómico en aras de convocar a las amplias mayorías, históricamente marginadas, e integrarlas en un nuevo escenario social.

La mutua condicionalidad que poseen los procesos de identidad e integración social, viene dada por un grupo de factores diferentes. Junto a las condiciones de igualdad, unidad y soberanía en que se debe apoyar todo proceso de integración social, es necesario sustentar el reconocimiento de las diversas formas de identidad sociocultural. Dicha diversidad debe tomarse como punto de partida mediante el cual puedan materializarse procesos participativos genuinamente integradores. Lo contrario sería asumir en sentido abstracto la igualdad, lo cual solo alcanzaría a originar nuevas formas de discriminación y dependencia.

Las formas de identidad sociocultural y la integración social se manifiestan en la práctica en una estructura social determinada. Asumo aquí tal estructura como una específica distinción y organización de las clases, capas y grupos inherentes a cada sociedad, la cual se deriva de un modelo de relaciones de producción determinado.

Esa distinción, que posee rasgos de sistema, constituye un factor determinante para garantizar el funcionamiento y la reproducción de la sociedad y constituye el sostén sobre el que se articulan las relaciones y contradicciones sociales más generales.⁹

Desde la perspectiva marxista, el elemento jerárquico de la estructura social es el clasista. Este se entrelaza históricamente con otros elementos de diferenciación, como suelen ser los de género, étnico-raciales, generacionales, entre otros.

La articulación de los procesos anteriormente conceptualizados abarca una dimensión histórica, evolutiva, portadora en cada momento de niveles diferentes de adecuación, complejidad y contradictoriedad. Desbordaría las intenciones de esta propuesta, ofrecer un análisis exhaustivo sobre el particular. Por ello, propongo ubicarnos en dos momentos concretos para exponer un conjunto de valoraciones al respecto.

El primer momento se corresponde con el surgimiento de la Revolución cubana y la gradual materialización de un proyecto nacional, auténtico, de integración social en relación con las masas populares. Este proyecto afrontó las agudas contradicciones entre los intereses de clase de una burguesía destronada violentamente del poder, y unas fuerzas populares mayoritariamente vinculadas a la Revolución y muy especialmente a la figura de su máximo líder, Fidel Castro.

La primera etapa del período revolucionario fue esencialmente de promoción social, ampliación de servicios sociales y facilitamiento de las vías de acceso a los canales de movilidad social ascendente para las grandes mayorías desposeídas, en la que tenía un significativo peso la población negra y mestiza, históricamente preterida y discriminada. La integración racial de la sociedad cubana comenzó a materializarse en torno a un proyecto político que fue adquiriendo crecientes votos de consenso.

La confrontación típica de este momento constituyó la expresión de una diada contradictoria de integración-desintegración. La estructura social de entonces estaba lo suficientemente polarizada y era particularmente portadora de un alto nivel de contradicciones y desigualdades sociales.

Los recursos movilizativos empleados entonces por la Revolución y el discurso político de su liderazgo, contribuyeron a reforzar las identidades colectivas en dos direcciones básicas: hacia la oposición a la reacción hasta entonces detentadora del poder y hacia el fortalecimiento de la unidad, como ideal de acción transformadora.

En ese momento, el tejido esencial de las identidades reivindicadas lo constituyó una herencia de desposeimiento y pobreza en lo económico, de dominación, opresión y exclusión en lo político y de marginación en lo cultural.

Es válido destacar que la situación de constante acoso por parte del gobierno de los Estados Unidos hacia Cuba

—que incluía en esta primera etapa la amenaza de agresión directa, luego concretada en la invasión de Girón de 1961— generó la aplicación de una estrategia política integradora, que hacía énfasis en la unidad como vía fundamental para preservar la victoria.

Consecuentemente, la articulación de la trilogía enunciada —identidad sociocultural, integración y estructura social—, resultó coherente a nivel de estrategia.

En la práctica se constataban, entre otros, los problemas siguientes:

- La estructura social heredada mostraba rasgos considerables de contradictoriedad, difícilmente reversibles en un breve plazo, a nivel de los componentes de raza y sexo.
- El proceso de integración social, a pesar de su intensidad, no logró alterar suficientemente la preexistente escala de valores, reflejo de la subordinación histórica de la cultura tradicional negra.
- Existió un sobredimensionamiento del enfoque homogeneizador en los distintos ámbitos de la actividad social, lo cual tuvo algunos efectos negativos en la creación cultural, la religión, la educación y, consecuentemente, en el proceso de identidad sociocultural, particularmente en la población negra.

Semejante articulación de los procesos enunciados ha tenido un consiguiente efecto en el proceso de socialización de las relaciones raciales en términos de permitir la reproducción de los prejuicios y estereotipos raciales negativos en relación con el negro.

Adicionalmente, la existencia de un conjunto de factores estructurales condicionantes de la reproducción de una situación desventajosa en sectores de la población con predominio de la raza negra, ha contribuido a la propagación de una falsa interpretación del significado de la igualdad racial.

Un segundo momento, en este caso la historia más reciente en nuestra sociedad, nos sitúa ante un proyecto integrador en el que se vinculan los elementos materiales del proceso de transformaciones socioestructurales que se han desarrollado por más de treinta años; y un conjunto de procesos, no siempre progresivos, que se ubican en el área de la intersubjetividad en los diferentes grupos. Así, se arriba a un momento del proceso cubano de integración social donde conviven elementos de la anterior cultura dominante que se han fijado como valor, aun cuando haya desaparecido una buena parte de los basamentos estructurales que la originaron, con otros representativos del mestizaje cultural y de las transformaciones socioideológicas que han venido desarrollándose.

La cuestión radica ahora en superar los niveles de integración alcanzados en la sociedad cubana. La complejidad estructural del momento actual, brevemente esbozada en las valoraciones introductorias de este trabajo, le plantea a este objetivo difíciles retos a superar.

El tema de la integración nos remite a la necesidad de considerar la diversidad sociocultural de los grupos humanos que integran nuestra nación, sobre la base de un ideal de igualdad exento de prácticas homogeneizantes.

Estas prácticas generalmente devienen modelos en los que predominan la herencia de la cultura históricamente dominante, en términos de los valores considerados positivos y negativos, de patrones estéticos, de normas válidas para juzgar las formas de comportamiento social, etcétera.

Los modelos, como tendencia, no alcanzan la dimensión de lo real, más bien se encargan de reproducir una estructura de relaciones sociales y se apoyan, por tanto, en fundamentos legitimadores de diferencias, exclusiones y estereotipos. Estos últimos poseen un efecto generalizador y, aunque pueden ser positivos o negativos, siempre constituyen una simplificación de la realidad por construirse a partir de la selección de algunos rasgos específicos, omitiendo otros, por lo que contribuyen así a reforzar los prejuicios de unos grupos respecto a otros.

Un efecto ilustrativo de la existencia de estereotipos raciales es el siguiente ejemplo, muestra de la imaginación popular.

«Sin discriminación racial»¹⁰

	Blanco	Negro
Con uniforme	Coronel	Maletero
Con pistola	Precavido	Asaltante
Subiendo una loma	Alpinista	Camino a la cárcel
Con uñas pintadas	<i>Play boy</i>	Maricón
Con maletín	Ejecutivo	Traficante
Con chofer	Millonario	Preso
Comiendo mucho	Alimentándose bien	Muerto de hambre
Jugando billar	Elegante	Vicioso
Leyendo periódico	Intelectual	Buscando trabajo
Con sandalias	Turista	Mariguano
Con picazón	Alérgico	Sarnoso
Corriendo	Deportista	Carterista

Si bien el prejuicio racial se expresa con más claridad en las relaciones sociales a nivel grupal-individual que a nivel institucional, como este último no es sino un orden de relaciones socialmente determinado, puede funcionar, aun en nuestras condiciones, como mecanismo de expresión y reproducción de dichos prejuicios raciales. La mención, durante el III Congreso del Partido, de la necesidad de aumentar la proporción de jóvenes, mujeres y negros en la dirección del país, constituyó el reconocimiento oficial de un problema que es reflejo de

la propia desproporción existente en la estructura socioclasista de los grupos raciales que integran nuestra población respecto a su representación en el poder.

Pero no todo depende del enfoque del que parten teóricamente en su labor las instituciones sociales. Este enfoque puede pretender ser multirracial, pluricultural, ecuménico, y sin embargo conservar un conjunto de presupuestos contradictorios y discriminatorios al proyectar su acción. Cabe mencionar cómo en las instituciones turísticas y en el mundo del arte escénico, por ejemplo, se exige con frecuencia el llenar requisitos formales establecidos sobre la base de patrones estéticos eurocéntricos que difícilmente pueden ser satisfechos por personas negras; la existencia de grupos élites que desempeñan funciones claves en determinadas instituciones, los cuales son esencialmente portadores de patrones de conducta similares a los de la cultura históricamente dominante; el grado de contribución de los medios de comunicación masiva como el cine y la televisión, a la reproducción de estereotipos raciales y otros.

Estos son factores que contribuyen a la discriminación y a la simplificación de unos valores culturales respecto de otros; a la interiorización de una equívoca inferioridad, en este caso de los negros incluyendo a los mestizos, en detrimento de los necesarios sentimientos de igualdad y autorreafirmación de su identidad sociocultural.

Se trata aquí también de propiciar un sentido de la identidad «alerta ante las trampas de la enajenación criollista que niega sus orígenes en nombre del progreso, la sofisticación tecnológica y muchos cantos de sirenas».¹¹

La poetisa Nancy Morejón nos remite a Guillén para profundizar en semejante comprensión de la identidad de los negros en nuestra realidad continental. Para él —sentencia Morejón— «la presencia africana en su ser era una esencia, un modo de identificación con uno de los componentes de nuestra nacionalidad, el que le propicia su definición más abarcadora porque le brinda así una precisa conciencia de clase».¹²

Considero que hoy existen serias deformaciones en la identidad sociocultural de los negros cubanos, las cuales se reproducen en el proceso de socialización de las relaciones raciales en la escuela, la familia, los medios de comunicación masiva, etcétera.

De estas deformaciones, podríamos adelantar las siguientes:

- la aceptación pasiva de la crítica a los elementos de su cultura estética, comunicativa, etcétera;
- su deficiente autopercepción como grupo social que constituye además un indicador representativo de la deformación de su autoestima;
- su participación, consciente o no, en la reproducción de estereotipos raciales, al intervenir como diseminador oral de estos.

En medio de las actuales condiciones de período especial, los rasgos que distinguen el panorama de las

En medio de las actuales condiciones de período especial, los rasgos que distinguen el panorama de las relaciones raciales en Cuba adquieren un mayor nivel de complejidad, al ser este un momento histórico caracterizado por la acentuación de las desigualdades entre los diferentes grupos sociales.

relaciones raciales en Cuba adquieren un mayor nivel de complejidad, al ser este un momento histórico caracterizado por la acentuación de las desigualdades entre los diferentes grupos sociales. Por demás, si dañino resulta hiperbolizar esta problemática por el riesgo político que puede representar, no tendría justificación moral alguna simplificarla, negarnos a reconocerla y a enfrentarla estratégicamente.

La cuestión racial como objeto de la política social

El grado de desarrollo y especialización alcanzado por la política social cubana; la necesidad de superar los niveles de integración en todos los componentes de su cambiante estructura social, así como las nuevas transformaciones estructurales que han impactado de modo relevante en las relaciones sociales, plantean nuevos retos a nuestra estrategia de desarrollo.

De manera tradicional, el Estado cubano ha formulado la política social preferenciando su dimensión universal de modo de beneficiar a los más amplios sectores de la población en la perspectiva de integrarlos en pos de intereses relativamente comunes. Las distinciones existentes en nuestra política social, alcanzan la dimensión sectorial en primer lugar y, a partir de aquí, la perspectiva de los grupos, distinguiéndose así en diferentes sectores de desarrollo jerarquizado, políticas para la mujer, la juventud, la infancia y los ancianos, entre otros grupos.

Desde mi lógica de análisis, esta política precisa de una mayor *focalización*.¹³ En el caso de la sociedad cubana y su política social, «focalizar» significa asumir las diferencias claves, consustanciales a la actividad social de los diferentes grupos que integran su cambiante estructura social y, desde esta lógica, elaborar un diseño congruente de desarrollo social que atienda o considere las especificidades de cada grupo como actores sociales y que propenda a construir un contexto de mayor integración y participación.

De una parte, se trata de jerarquizar las funciones transformadora y de cambio de la política; de otra, de complementar su enfoque universal, privilegiando su acción diferenciadora, orientándola a aquellos grupos que, o se encuentran en situación de evidente vulnerabilidad, o están vinculados de manera especial y directa a la ejecución de planes estratégicos de desarrollo jerarquizado, o son representativos en singular medida

de un conjunto de contradicciones desestimulantes de su participación social, entre otros casos.

El sector de la población negra en mayores condiciones de desventaja social se ubica en el tercer grupo situacional. Estamos considerando aquí las contradicciones al nivel de la formación de su identidad sociocultural, que pueden derivar en respuestas de autolimitación, autoexclusión, subestimación y pérdida paulatina de una perspectiva real de evolución social en sentido positivo. En estos casos, dicha perspectiva solo es asociada a otros grupos sociales, hecho que es legitimado en la tradición de la conciencia popular con la expresión «esas son cosas de blancos».

A lo anterior deben sumarse las contradicciones presentes en la cultura material cotidiana y en la vida familiar, tradicionalmente asociadas a conductas delictivas, actos de violencia, indisciplina social, entre otros.

De manera que el diseño actual de la política social cubana, debe tener en cuenta la perspectiva racial. Y, si bien es cierto que no nos encontramos en el momento histórico idóneo para disponer de los recursos materiales necesarios que contribuirían perspectivamente a los cambios estructurales que están en la base de algunos de los componentes de la problemática racial, sí existe un contexto social que permite disponer de una serie de potencialidades que pudieran activarse a favor de la transformación de esta realidad.

Los efectos derivados de la complejización de las relaciones raciales, en el caso cubano, pueden plantearse desde diferentes ángulos. Uno de ellos se refiere a los valores que sustentan los sentimientos de identidad sociocultural en la población negra.

Por un lado y en el mejor de los casos, tales valores podrían potenciarse a partir de la incorporación creciente de lo más rico de su acervo cultural; derivar en el fortalecimiento de su identidad sociocultural y, desde esta, asumir sus roles sociales, quizás con un mayor nivel de compromiso grupal y social. Por otro, es necesario velar por evitar que estos valores puedan también deteriorarse perspectivamente, hasta derivar en valores reaccionarios, desintegradores en relación con el resto de los grupos raciales e incluso dentro del suyo propio, dada la heterogeneidad socioclasista, cultural y humana, en sentido general, que lo integran.

De igual manera, podrían mencionarse las repercusiones negativas que se producen en la autoestima y en la percepción de su rol social, en grupos que presentaron mayores dificultades de integración en el

Es necesario promover enfoques diferentes para la articulación del proceso de socialización de las relaciones raciales. En primer lugar, la socialización en medios tan importantes como la escuela, la familia y los órganos de difusión masiva debe tender al logro de la aprehensión de la multirracialidad y la diversidad cultural de nuestra nación.

proceso de transformación revolucionaria, y cuyas condiciones materiales de vida al momento de iniciarse el período especial ya estaban suficientemente deterioradas. Es decir, grupos que no han logrado articular estrategias de vida que potenciaran su desarrollo material y espiritual a lo largo de varias generaciones.

Este panorama es de alguna manera reforzado por algunos medios de difusión masiva, al proponer constantemente un modelo exclusivo de relaciones en las que el protagonismo del negro queda reservado solo para significar su desventaja social y sometimiento en una etapa histórica anterior; o en el caso de propuestas que aborden la contemporaneidad, para roles que reafirmen el estereotipo social negativo.

La exclusión, consciente o no, de los negros en las propuestas de modelos de referencia positivos: familiares, sociales, estéticos, etc., no contribuye a impedir la búsqueda de otras vías de reconocimiento social no siempre positivas. Aquí parece funcionar la lógica de «si me excluyes como bueno, me destaco como malo». Al fin y al cabo, en determinados contextos se valora muy bien el no ser bueno. No hay que olvidar que el reconocimiento es una necesidad esencialmente humana.

En alguna medida están cambiando las condiciones de partida para la socialización de las relaciones raciales; no basta con reconocer nuestro mestizaje racial y cultural y reiterar que somos iguales, si se reproduce y aumenta la segmentación.

En nuestros días, los objetivos fundamentales presentes en nuestra estrategia de desarrollo social no han variado; sin embargo, la práctica, el aprendizaje a partir de nuestras propias experiencias y la certeza de que sobran razones para no variar o posponer estos fines, nos convocan a introducir nuevos enfoques para continuar materializándolos. A mi modo de ver, el componente racial sería una de las inclusiones a tener en cuenta, considerándose explícitamente como objeto de focalización en nuestra política social.

En páginas anteriores se enuncia un conjunto de hechos válidos para sustentar esta propuesta.

Es necesario promover enfoques diferentes para la articulación del proceso de socialización de las relaciones raciales. En primer lugar, la socialización en medios tan importantes como la escuela, la familia y los órganos de difusión masiva debe tender al logro de la aprehensión de la multirracialidad y la diversidad cultural de nuestra nación, sobre la base de un umbral cualitativamente diferente de tolerancia e integración. Igualmente, se

impone avanzar hacia el rompimiento paulatino de la tendencia a recrear el estereotipo social negativo de los negros, así como a favorecer la autoconfirmación de la identidad sociocultural de este grupo.

¿Cómo incorporar estos contenidos en la política social?

- a) En la dimensión participativa de sectores específicos de la población negra, por ejemplo, en proyectos comunitarios que estimulen el conocimiento del rico acervo cultural producido y acumulado por los ancestros africanos y afrocubanos, a partir de la enorme contribución que estos aportaron a la formación de la nación en que vivimos hoy. Esta podría ser una aproximación válida en el proceso de autoconfirmación de la identidad sociocultural, si partimos del entendido de que la búsqueda de las raíces y de la realidad ancestral, además de jugar un rol decisivo en la formación de una necesaria conciencia histórica, estará orientada a la elevación de la autoestima en sectores específicos de la población negra; al mejoramiento de su dignidad humana y a la estimulación de sus potencialidades creativas y participativas. Estas últimas podrían también irse canalizando mediante la generación de espacios para la reflexión, sobre la base de intereses, realidades e historias comunes, en el marco de diferentes organizaciones sociales.
- b) Preferenciando la perspectiva focalizadora de la política social, de modo de jerarquizar el mejoramiento de las condiciones en que se reproduce la vida cotidiana en comunidades con predominio de población negra.
- c) Promoviendo —en medios fundamentales de socialización de las relaciones raciales, como podría ser la escuela— la enseñanza de nuestra historia con un mayor nivel de problematización y priorizando la inclusión de realidades históricas válidas para lograr una mejor comprensión y valoración de nuestra situación actual.

A los medios de difusión masiva, como la televisión, el cine, entre otros, les corresponde transmitir la diversidad cultural de nuestra nación con enfoques auténticos, en temas concernientes a las múltiples esferas de actividad y realización del individuo: sus relaciones familiares, de pareja, la creación artística, el mundo del trabajo, etcétera.

El trabajo social, en su labor de orientación, debe pretender que las diferentes instancias socializadoras se planteen, a nivel manifiesto, el rechazo a la reproducción de los estereotipos raciales negativos por la significación que estos tienen en la reproducción del prejuicio racial, en las propias relaciones raciales y en las deformaciones presentes en el proceso de identidad sociocultural en los negros.

Lógicamente, el cambio de enfoque en el proceso de socialización en la perspectiva racial no es la única área que debe reformularse.

El proceso socializador se da en un marco donde prevalecen condiciones de desventaja social para el despliegue de la vida cotidiana y el proceso de inserción social de una proporción significativa de la población negra. Este es un hecho recurrente en la fundamentación del prejuicio racial a nivel de la conciencia social, lo que se complementa con la evidencia de que las relaciones de poder, en sus dimensiones económica y política, no han logrado escapar a reproducir esa estructura social.

Este panorama deberá irse transformando favorablemente, en la medida en que la política social pueda fortalecer y jerarquizar su dimensión focalizadora, desarrollar su acción transformadora de las relaciones sociales y facilitar así, con el advenimiento de un nuevo siglo, la emergencia de un umbral cualitativamente superior de integración y justicia social.

Notas

1. Este tratamiento de la categoría *raza* es relativamente común en la sociología y la psicología social contemporáneas. Son ejemplos, en esta dirección, los enfoques desarrollados por autores como Donald Light, Susanne Keller y Craig Calhoun (*Sociología*, New York: Mac Graw-Hill, 1992, en especial el capítulo 13, «Raza y relaciones étnicas», pp. 353-86). Véase también José Antonio Pérez, José Manuel Falomir, María José Baquena y Gabriel Mugny, «El racismo: actitudes manifiestas y latentes», *Revista del Colegio Oficial de Psicólogos*, Madrid, (56), 1993: 45-50.

2. De acuerdo con la experiencia del colectivo vinculado al Proyecto de Investigación «Relaciones raciales y etnicidad en la sociedad cubana», del Centro de Antropología, los fenotipos populares concebidos en el contexto cubano mezclan o integran preferentemente indicadores referidos al color de la piel, los ojos y el pelo.

3. Henrique Abranches, *Identidad y patrimonio cultural*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1988; Eduardo Galeano, «La dictadura y

después. Las heridas secretas», *Nueva Sociedad*, Caracas, (87); Alcira Argumedo, «Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular», en: *La idea de la naturaleza y la sociedad en el pensamiento nacional*, Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional, 1933: 181-210; Cintio Vitier, «Cuba: su identidad latinoamericana y caribeña», trabajo leído en la Cátedra Latinoamericana y del Caribe. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 25 de marzo, 1992; María Teresa Ruiz, «Racismo algo más que discriminación», San José, Costa Rica: DEI: 1989; Enrique Ubieta, «El ensayismo y la identidad nacional en Cuba: itinerario de una relación inconclusa (1902-1958)», en: *Ensayos de identidad*, La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1993: 112-43.

4. Enrique Ubieta, ob. cit.: 112.

5. Cintio Vitier, ob. cit.: 2.

6. Véase Robert Cooley Angell, *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, t. 5.

7. *Ibid.*, t. 5.

8. Véase Alcira Argumedo, ob. cit.; Roberto Cardoso de Oliveira, «Identidad étnica, identificación y manipulación», *América Indígena*, México, 21(4), 1971; Xavier Albo Xavier, «Nuestra identidad a partir del pluralismo de base», en: *Imágenes desconocidas: la modernidad en la encrucijada post-moderna*, Buenos Aires: CLASO, 1988.

9. Mayra Espina Prieto, *Reproducción socioclasista en Cuba. Periodo 1976-1988* [tesis doctoral], La Habana: Fondo del CIPS, 1995.

10. El conjunto de analogías incluidas en «Sin discriminación racial» lo obtuve de manera fortuita, hace aproximadamente dos años. En una actividad familiar, un grupo de personas compartía su lectura y disfrutaban de esta intención de «humor» no del todo lograda.

11. Nancy Morejón, «Afroamérica, ¿la invisible?», *Casa de las Américas*, (188), julio-septiembre, 60-3.

12. *Ibid.*: 63.

13. Véase María del Carmen Caño Secade, «Consideraciones acerca de la focalización en la estrategia de desarrollo social cubano a nivel de los grupos sociodemográficos» [ponencia]. Congreso XIX de LASA. Washington DC., 1995. También Orlando García, Karelía Barreras, María del Carmen Caño, *et al.*, «Dirección de la política social cubana a partir de 1985» [resultado de investigación], La Habana: Fondo del CIPS, 1994.

© TEMAS, 1996.